



Marchas de Peregrinos. Reseña II

El pasado sábado seis de junio de 2015, el grupo de peregrinos a Santiago - en adelante, peregrinos- disfrutamos de la segunda de las marchas de preparación que tenemos proyectadas.

Superado el incidente aprovechando la fresca de la mañana, salimos desde Somontes para llegar a El Pardo y subir a visitar al bellissimo Cristo yacente que en su día- entre 1605-1615-esculpió el gran maestro del barroco Gregorio Fernández. Esta magnífica talla,- sin duda, una de sus obras maestras- fue encargada por Felipe III por el nacimiento de su heredero.

El esfuerzo de la subida contrasta con el alegre trote de la bajada, llegando a la ribera del río, pletóricos de fuerzas. Allí, nos encontramos con la sorpresa de un espontaneo guía, que aceptó la invitación de acompañarnos. Nuestro hermano Manuel "Manu" se agregó a la corta comitiva y nos alegró con su juvenil presencia.

Seguimos el curso del río corriente arriba entre caminos de feroz vegetación, plantas aromáticas e innumerables ciclistas que compartían el circuito con nosotros y al pasar nos saludaban alegremente. Parece ser que nuestra intención era encontrar un puente que nos permitiera cruzar el río para regresar por la ribera opuesta.

Después de preguntar a los lugareños y contrastar información entre nuestro guía local y nuestra guía habitual- es decir, entre Valentina y Manu-, decidieron que no había tal puente, por lo que no tuvimos más remedio que vadear meandros, atravesar valles, descender barrancos para, finalmente, localizar un adecuado remanso donde cruzar “a capella”, es decir pisando guijarros y cantos rodados con nuestros urbanitas pies. Ciertamente el frescor del agua serrana nos espabiló, tanto los pies, como el alma.

Por un rato fuimos el centro de atención de varias familias de sabaderos- domingueros del sábado- que nos observaban con interés. Los mal pensados llegamos a pensar que era por sí alguno terminaba con sus huesos en el lecho del río. Por suerte no hubo que lamentar “mojados”.

Refrescados, continuamos la marcha por interminables dehesas de pinos y encinas, hasta localizar en lejanía un auténtico espejismo y que al irnos acercando se convirtió en una esperanzadora realidad: un completo bar, más que chiringuito, donde en unas sillas a la sombra, saboreamos unas heladas cervezas que nos supieron más que a gloria.

Sin consentir enfriarnos y recuperado el resuello, emprendimos de nuevo la marcha hacia el punto de partida, donde nos esperaban la degustación de nuestro compartido menú de una estrella- o varias- michelín.

Al regresar, atravesando el pueblo de El Pardo- donde pudimos saludar a nuestros hermanos Fernando y Loren-, la cosa se fue poniendo algo más seria y las ansias, más que ganas, de llegar al agua, la sombra y la comida crecían en progresión inversa a la fuerza del sol en su máxima expresión.

Animándonos entre nosotros se hizo más llevadero este último tramo y al fin llegamos a las mesas, de sobra conocidas por nuestra hermandad, donde compartimos una agradable y merecida comida que no me resisto a comentar su composición: embutidos y jamón ibéricos, pípírrana de tomates aliñados, aceitunas extremeñas,

tortillas varias, pimientos de dos tipos- al dente y al socarrat-, hornazo salmantino, frutas varias. Todo ello regado con frías cervezas, agua serrana y tinto del país.

En fin, una grata experiencia que pronostica futuras aventuras igual de gratas.

Agustín Salgado

